

Editorial invitado

El trabajo social frente a la guerra: un clamor de paz y justicia social

Francisco Idareta Goldaracena

Miembro del Consejo Asesor Editorial de la RTS. Universidad Pública de Navarra

Lo más inquietante de una época no es solo la violencia que padece, sino la violencia a la que empieza a acostumbrarse. Pocas derrotas morales son tan graves como esa. A abril de 2026, las guerras que asolan Ucrania, Gaza, Sudán, Myanmar, el este de la República Democrática del Congo, Yemen y Siria, junto con la ofensiva de Estados Unidos e Israel contra Irán y la violencia armada que desgarró Haití, dibujan un sombrío mapa de devastación. Todos estos conflictos remiten a una misma derrota moral repetida bajo nombres distintos: la incapacidad colectiva de proteger la vida humana allí donde se ve amenazada.

Ante esa realidad, el trabajo social no clama desde la periferia, sino desde el corazón mismo de su identidad. Porque surge allí donde una sociedad decide que la dignidad humana no puede depender de la fuerza, del dinero, del origen, del estatus ni del poder de unos sobre otros. Se reconoce, en suma, allí donde toda persona es considerada portadora de un valor inherente, donde los derechos humanos no son una concesión, sino un fundamento, y donde la vulnerabilidad no empequeñece a nadie, sino que reclama cuidado, protección y responsabilidad compartida.

Desde esa convicción se comprende mejor por qué la guerra representa la negación más radical de aquello que la profesión está llamada a ser y a promover en condiciones normales de convivencia. Por ello, el trabajo social no queda suspendido ante la guerra, sino éticamente emplazado a responder, adaptarse y resistir allí donde la violencia ha quebrado el suelo mismo de sus principios. Sabe que la vida humana no se sostiene solo sobre la supervivencia física, sino sobre vínculos, cuidados y reconocimiento mutuo. Allí donde la guerra irrumpe, las familias se separan, las comunidades se fracturan y el miedo desplaza a la confianza. Así, la guerra destruye justamente aquello que el trabajo social trata de salvaguardar: la convivencia, la inclusión, la protección, el cuidado y la posibilidad misma de reparar la vida herida.

Hablar de la guerra desde el trabajo social exige, por tanto, algo más que conmoción. Exige lucidez ética para reconocer que toda guerra entraña una vulneración de derechos humanos y una transgresión extrema de la justicia social. Allí donde las personas huyen, donde la ayuda humanitaria no llega y donde el territorio se vuelve inhabitable, lo que se destruye no es solo la seguridad inmediata, sino la posibilidad de una vida digna en común. Precisamente por eso, el trabajo social no puede permitirse una neutralidad indiferente ante el sufrimiento injusto.

El trabajo social ve lo que el lenguaje estratégico de muchos Estados tiende a ocultar: ve a la madre que huye con sus hijos sin saber dónde dormirá esa noche; ve al niño cuya memoria queda atravesada por el terror; ve a la mujer expuesta a la violencia o a la explotación en el desplazamiento; ve a la persona mayor que pierde una casa, un barrio, una red y una historia compartida. Y ve también algo decisivo: que la guerra no termina cuando callan las armas. Continúa en el trauma, en el duelo suspendido, en la pobreza, en la estigmatización y en la erosión del tejido social.

De ahí que la respuesta del trabajo social no pueda agotarse en la emergencia. La profesión debe acompañar, mediar, defender derechos, reparar daños, reconstruir comunidad y restaurar vínculos quebrados. Su lógica no es la dominación, sino el cuidado; no la fuerza, sino el encuentro. Por eso, allí donde la guerra fragmenta, el trabajo social debe recomponer; allí donde la violencia deshumaniza, debe restituir humanidad.

Todo ello convierte este momento en una prueba de fuego para el trabajo social. Porque no basta con estar al lado de quienes sufren: hay que comprometerse con lo que su dolor revela. No basta con reparar las heridas: hay que dar testimonio de la dignidad vulnerada. No basta con acompañar el sufrimiento: hay que denunciar las estructuras que lo reproducen y sostener públicamente una ética de la dignidad, de los derechos, del vínculo, del cuidado y de la paz. Desde sus orígenes, el trabajo social no surge para contemplar la devastación desde la barrera, sino para ponerse del lado de la dignidad transgredida.

Frente a la guerra, por tanto, no nos corresponde ser espectadores. Debemos ser presencia reparadora junto a quienes sufren, conciencia crítica ante la injusticia y voz insobornable en favor de la paz. Hoy, más que nunca, el trabajo social debe volver a ponerse en pie: del lado de la dignidad humana, del cuidado frente a la fuerza, de la palabra ética frente al silencio y de la paz con justicia frente a toda resignación. No se trata de una toma de posición accesoria, sino de una exigencia constitutiva de nuestra identidad profesional.